

los suspiros ahogados, los silbidos del pueblo, aquella venganza fría y periódica que se encendía y apagaba en una hora fija en las calles por donde pasaba la comitiva, imprimían á aquellos sacrificios algo más siniestro aún que el asesinato, porque era el asesinato dado en espectáculo y como diversión á todo un pueblo.

Así pereció diezmada la flor de la población: nobleza, estado eclesiástico, clase media, magistratura, comercio y plebe; así murieron todos los ciudadanos, grandes y oscuros, que representaban en Francia los rangos, las profesiones, las luces, las riquezas, las industrias, las opiniones y los sentimientos proscritos por la sangrienta regeneración del Terror; así cayeron una á una cuatro mil cabezas en pocos meses, entre las cuales hay que contar los Montmorency, los Noailles, los Laroche-foucauld, los Mailly, los Mouchy, los Lavoisier, los Nicolai, los Sombreuil, los Brancas, los Broglie, los Boisgelin, los Beauvilliers, los Maillé, los Montalembert, los Roquelaure, los Roucher, los Chenier, los Gramont, los Duchatelet, los Clermont-Tonnerre, los Thiard, los Moncrif, los Molé-Champlatreux. La democracia se abría paso con el hierro; pero al hacerlo, horrorizaba á la humanidad.

XI

El paso regular de aquellas procesiones del cadalso, después de haber sido por mucho tiempo un espectáculo y una especie de ilustración siniestra para las calles por donde pasaban, y sobre todo para la de San Honorato, se había convertido en un suplicio y en una especie de infamia para aquellos cuarteles. Los transeúntes evitaban encontrarse con ellas, y las ventanas, los almacenes y las tiendas se cerraban á la aproximación de las carretas. Las vociferaciones de la multitud iban á amenazar hasta en sus hogares á los ciudadanos que habitaban aquellas calles, y á asustar á los niños en los brazos de sus madres. Los vecinos abandonaban sus domicilios, y los propietarios empezaban á quejarse al ayuntamiento porque había convertido sus casas en palcos privilegiados del suplicio. La sangre de dos ó tres mil víctimas corría desde el principio de la primavera por la plaza de la Revolución, como si ésta fuese un matadero de hombres, enrojeciendo el piso é infestando el aire. Las Tullerías y los Campos Elíseos estaban desiertos; nadie paseaba ya en aquellos sitios, y los miasmas de la muerte corrompían la sombra de los árboles.

Dos ejecuciones, más siniestras y solemnes que las otras, acabaron de excitar la indignación de aquellos barrios contra los que habían situado en ellos la guillotina. Cuando el rey de Prusia tomó á Verdun en 1791, la ciudad había festejado la entrada de los libertadores de Luis XVI. Los habitantes de la ciudad llevaron á sus hijas á un baile que se dió con este motivo, los unos por opinión, y los otros por miedo. Después de haberse rescatado Verdun, la república se acordó de los festejos cuyo adorno habían sido aquellas jóvenes inocentemente. Llevadas á París y presentadas ante el tribunal, su edad, su hermosura, su obediencia á sus padres, la antigüedad de la ofensa hecha á la república, dado caso que tal pudiera llamarse á una diversión á que aquellas jóvenes asistieron sólo por dar gusto á sus padres, nada de todo esto fué suficiente para ablandar el corazón de los tigres, que las enviaron en masa al cadalso. Iban todas vestidas de blanco, y la de más edad tenía diez y ocho años. La carreta que las condujo parecía un cesto de azucenas en que las cabezas flotaban al movimiento del brazo que las sostenía. Los verdugos se enternecieron y lloraron con ellas.

El pueblo estaba aturrido de su mismo rigor. Al día siguiente las carretas, en mayor número, condujeron al suplicio á todas las religiosas de la abadía de Montmartre. La abadesa era madama de Montmorency. Aquellas pobres mujeres de todas edades, desde la más tierna juventud hasta la encanecida vejez, criadas desde niñas en el monasterio, no tenían otro crimen que haber obedecido á la voluntad de sus padres y haber sido fieles á sus votos. Agrupadas alrededor de la abadesa,



Madamas Tallien, Beauharnais y D'Aiguillon en los Carmelitas.—Pág. 390.

entonaron con sus voces femeniles los cánticos sagrados al subir á las carretas, y fueron cantando salmos hasta el cadalso. Así como los girondinos habían cantado el himno de su propia muerte, aquellas esposas del Crucificado cantaron, hasta extinguirse la última voz, el himno de su martirio. Aquellas voces resonaron como el eco del remordimiento en el corazón del pueblo. La infancia, la belleza y la religión, sacrificadas á la vez en aquellas dos ejecuciones, obligaron á la multitud á cerrar los ojos por no ver tanta barbarie.

La municipalidad temía entibiar con sus crueldades el patriotismo de aquellos opulentos cuarteles, y confiando hallar más implacabilidad en los arrabales, escogió el de San Antonio, suelo natal de la revolución del 14 de Julio, é hizo levan-

tar la guillotina en la barrera del Trono. Méenos inquietos los concejales respecto á la compasion del pueblo de este arrabal, los proscriptores inauguraron aquel nuevo Calvario con ejecuciones más numerosas. La fila de las carretas iba aumentando todos los dias. Una vez llevaban, con cuarenta y cinco magistrados de Paris, treinta y tres miembros del parlamento de Tolosa; otra, veintisiete negociantes de Sedan, y muchas, sesenta y hasta ochenta sentenciados de todas clases.

En los últimos tiempos del Terror, vióse un dia una carreta escoltada por unos pobres muchachos cubiertos de andrajos. Estos muchachos parecian bendecir y llorar á un padre. El anciano que iba sentado en la carreta era el abate Fenelon, sobrino del autor del *Telemaco*, de aquel gérmen cristiano de una revolucion extraviada que bebia la sangre de su familia. El abate Fenelon habia fundado en Paris un hospicio en donde pudiesen albergarse esos muchachos nómadas que vienen todos los inviernos desde las montañas de Saboya á ganar su vida á Francia en las grandes ciudades. Aquellos muchachos, cuando supieron que iban á perder al anciano que hacia con ellos las veces de la Providencia, fueron en masa por la mañana á la Convencion para implorar la humanidad de los representantes y el perdon de la virtud. Su juventud, su lenguaje y sus lágrimas enternecieron á la Convencion. «¿Sois tambien unos niños—exclamó el implacable Billaud-Varennes—para dejaros seducir por las lágrimas? ¡Transigid una vez con la justicia, y mañana los aristócratas os asesinarán sin compasion!»

Aquel mismo Billaud-Varennes, que se negaba á compadecerse de unos pobres huérfanos, tuvo necesidad más tarde, en su destierro de Cayenne, de la compasion de una esclava negra. La Convencion no se atrevia á aflojar en su rigor. El abate Fenelon marchó á la muerte escoltado por sus protegidos. Tenia ochenta y nueve años, y fué necesario ayudarle á subir las gradas de la guillotina. De pié ya en el cadalso, pidió al verdugo que le desatase las manos para hacer la accion de abrazar por última vez á sus pobres huérfanos. Conmovido el verdugo, obedeció. El abate Fenelon extendió las manos; los saboyanos se pusieron de rodillas, inclinando sus cabezas para recibir la bendicion del moribundo. El pueblo, aterrado, les imitó; todos lloraron juntos, y el suplicio fué tan santo como un sacrificio.

El arrabal de San Antonio se indignó á su vez de que se le hubiese escogido para ciudad de la muerte. El suelo rechazaba al verdugo, pero los proscriptores no encontraban la guillotina bastante ejecutiva.

Una noche, Fouquier-Tinville fué llamado al comité de salud pública. «El pueblo—le dijo Collot—empieza á estragarse; es necesario reavivar sus sensaciones por medio de espectáculos más imponentes. Arréglate para que caigan ahora ciento cincuenta cabezas al dia.» «Al regresar de allí,—dijo en su interrogatorio el obediente Fouquier-Tinville,—mi espíritu estaba tan poseido de horror, que me parecia, como á Danton, que el rio llevaba sangre en vez de agua.» En el cementerio de Mousseaux habia un vasto foso en cuyas orillas estaban amontonadas una porcion de cargas de cal, en el que se echaban todas las cabezas y los cuerpos de los decapitados; verdadero sumidero de sangre á cuya entrada se habia grabado la inscripcion de la nada: *Dormid*; como si los verdugos hubiesen querido asegurarse á sí mismos afirmando que las víctimas no se despertarían jamás.

LIBRO CINCUENTA Y SIETE.

Aspecto de las prisiones.—Roucher, Andres Chenier.—Los Carmelitas.—Madamas D'Aiguillon, Beauharnais y Cabarrús.—El Temple.—Madama Isabel.—Madama Real.—El Delfin.—Madama Isabel en el tribunal revolucionario.—Es sentenciada á muerte.—Su ejecucion.—Domina Robespierre á la municipalidad y á la Convencion.—Sus dudas.—Sus amigos Saint-Just, Couthon y Lebas.—Sus enemigos secretos.—Disensiones en los comités.—Discurso de Robespierre en la Convencion sobre la existencia de Dios y la inmortalidad del alma.—Decreto.—Los restos mortales de Juan Jacobo Rousseau en el Panteon.

I

El carácter de los pueblos sobrevive á sus revoluciones. La seguridad de morir no causaba horror en el interior de las cárceles de Paris. La sensacion de la muerte se embotaba en los ánimos en fuerza de la repeticion de actos. Cada dia de olvido era una fiesta de la vida que los presos se apresuraban á consagrar al placer. El descuido con que éstos miraban su existencia les daba todas las apariencias del verdadero estoicismo, y la ligereza de su carácter se parecia mucho á la intrepidez. Sociedades, amistades, amores, todo se contraia, aunque no fuese más que por una hora, entre los presos de ambos sexos, que prodigaban á la distraccion y á los afectos más ó ménos léitos unos momentos consagrados á la muerte. Las conversaciones, las citas, las misteriosas correspondencias, las comedias ejecutadas en los calabozos, la música, los versos y el baile se continuaban hasta el último instante. Venian á arrancar de la prision para el cadalso á uno que estaba jugando, y éste dejaba las cartas á otro; otro salia para el mismo destino desde la mesa en donde acababa de vaciar su vaso; el otro iba al suplicio desde los brazos de una esposa ó de una amante. Jamás el carácter intrépido y voluptuoso á la vez de la juventud francesa habia jugado tan de cerca con el peligro. El suplicio hizo á aquella juventud sublime, ya que no habia podido hacerla seria. Sin embargo, la religion, esta amiga de los desgraciados, consolaba á la mayor parte. Algunos sacerdotes presos ó introducidos furtivamente y disfrazados en las cárceles, celebraban los misterios del culto, tanto más patéticos cuanto mayor era su semejanza con el sacrificio. La poesía, que es el suspiro articulado del alma, transmitia á la posteridad las últimas palpitations del corazón de los poetas.

Mr. de Montjournain, comandante de batallon de la guardia nacional, escribió el dia ántes de su muerte unas estrofas á la jóven que iba á dejar viuda.

El autor del *Poema de los Meses*, Roucher, estaba retratándose en el momento en que fueron á llevarle la orden de comparecer ante el tribunal; semejante orden equivalia á una sentencia. Roucher no era culpable sino del mérito que